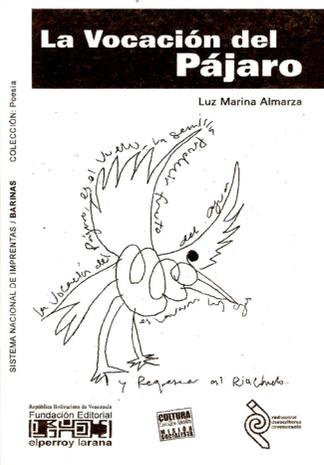


LA VOCACIÓN DEL PÁJARO.
Luz Marina Almarza (2012).
 Barinas: El Perro y la Rana

Hace unos tres años conocí algunos poemas de Luz Marina Almarza. Son de su libro *Una ranura en el cielo*, y me los mostró la poeta Idbelty Lugo. Me gustó su forma de poetizar y me propuse conocerla. No era difícil, ambas tenemos en común la identidad barinesa y en alguno de mis frecuentes viajes a esa región podía ubicarla. El 10 de diciembre del 2012 el encuentro se dio. Le pedí alguno de sus libros, ya que no pude conseguirlos en las librerías de la ciudad y me regaló un ejemplar de *Frágil luz deslumbradora*, un poemario donde transcurre por los caminos de la mística. Posteriormente, me llevó *La vocación del pájaro*, libro ganador de la Bienal de Literatura “Orlando Araujo” y editado por la Fundación Editorial “El perro y la rana”, en el 2011.

A este último me voy a referir en esta ocasión, pero conozcamos primero un poco de su autora. Luz Marina Almarza es una poeta barinesa, concebida en Barinas y con todo dispuesto para nacer en esa ciudad, quiso el azar que fuera a nacer en el Estado Yaracuy, tierra de sus padres, en la población de Chivacoa, pero siempre ha vivido en Barinas y se siente y se dice barinesa, llanera. Es Licenciada en Letras de la Universidad Católica Andrés Bello y escribe poesía desde los veintiún años. Sufre de discapacidad motora, por haber sufrido



parálisis cerebral, pero goza de un lúcido cerebro que le ha permitido destacarse en la escritura poética. Ha publicado además de los libros ya nombrados el poemario *Siguiendo el rastro de una lagartija*. Su poesía ha sido premiada en varias oportunidades. En 1995 recibió el premio “Elisio Jiménez Sierra”, en 1999 el Premio Municipal de Poesía de Barinas y en 2010 gana la Bienal de Literatura “Orlando Araujo”.

La vocación del pájaro consta de 61 poemas breves (el más corto de tres versos y el más largo de 13). Los poemas no tienen nombre, solo están numerados. El título del poemario nos manifiesta cual es la vocación de la autora: volar, como los pájaros, y eso es lo que intenta con los poemas de este libro. Escapar de una vida dura, llena de asperezas, de sufrimientos, que aliena, que detiene; calzarse las alas —sus poemas y alzar vuelo—. Para poder volar esas alas deben ser ligeras, limpias, sin ningún peso que las haga retornar al suelo. Y así son sus poemas: sencillos, de pocos versos, de pocas palabras que son como flechas, certeras, con rumbo programado para dar en el blanco. El poema No. 32 —que debería ser el primero, digo yo— se refiere al título del libro y aparece, también, transcrito en la portada, bordeando la figura de un ave. Dice:

La vocación del pájaro
es el vuelo,
la semilla,
producir fruto:

del agua,
es lavarnos los ojos
y regresar al cauce
del riachuelo.

Hay una evidente musicalidad en este y en todos los poemas del libro *La Vocación del Pájaro*. Se trata de una música suave, sin estridencias, que calma el espíritu, que nos sumerge en otro mundo y

que nos prepara para la contemplación, para llegar al éxtasis, o para leer sus poemas místicos. Se ha dicho que los poemas de este libro son telúricos porque hay múltiples referencias a la tierra, al agua y a los habitantes de la corteza terrestre: el hombre, las plantas, los animales. Pero en ellos no prevalece el deseo de cantarles a ellos *per se*, son solo los referentes de la poeta, que va pasando por uno y otro paisaje, acercándose a uno y otro elemento o personaje de este planeta para analizar sus características y hacer símiles con sus vivencias, con sus sentimientos, con su personalidad, con sus ideales, con sus conflictos. Leamos uno de ellos:

Anhelo
la libertad
de los pájaros,
volar a otro cielo
salpicado de estrellas
donde yacen
algo más
que padeceres.

En este poema la referencia al pájaro es sólo el pretexto para quejarse de sus ataduras, de sus circunstancias alienantes, de sus “padeceres”. Y en esta forma de cantarle al paisaje, a la tierra, a sus elementos, podríamos encontrar cierta semejanza con su paisana Enriqueta Arvelo Larriva. No porque sus estilos se parezcan, sino porque en Luz Marina, igual que en Enriqueta, se utilizan las imágenes de la naturaleza como pretexto para aludir a lo humano. Pero si en Enriqueta aquellos poemas donde describe el paisaje o sus elementos, se enmarcan los conflictos propios o de extraños, en Luz Marina siempre es una referencia a sus propios aconteceres: su soledad, su nostalgia, su forma de enfrentar el sufrimiento, su anhelo de libertad.

No faltan las referencias a su espiritualidad, a su sentir místico. Las vemos en este poema:

Al despertar la siesta
en esta hora tendida
y solitaria
del atardecer
me llega al oído
una música de salmo.

O en este otro:

Cuando el río ulula
Dios reza
de rodillas
y la luz fluye
de sus manos
como lágrimas
en los ojos.

Y así nos va llevando Luz Marina, con su “frágil dulzura” y su “temblorosa soledad” —como ella misma dice en este libro— a través de esos sesenta y un poemas —que se leen con gusto, con una media sonrisa— hasta advertirnos que “aquí no termina/ la vigilia/ ni la espera”. Aquí continuamos, pues, en vigilia y en la espera, de otro disfrute, de otro poemario de esta poeta.

Alicia Jiménez de Sánchez